

Estética de época

Infraestructuras afectivas del Antropoceno

Kathryn Yusoff

Queen Mary University of London, Reino Unido

k.yusoff@qmul.ac.uk

Traducción: Francisco J. Salinas

DOI: 10.32995/0719-64232024v10n19-165

Estética de época

Infraestructuras afectivas del Antropoceno

Kathryn Yusoff

RESUMEN

Este ensayo explora la intersección de la geología y las estructuras sociales en la época del Antropoceno. Argumenta que las nuevas formaciones geológicas revelan los cimientos anteriormente ocultos de lo que se consideraba estructuras puramente “sociales”. Esta reconfiguración desafía las concepciones tradicionales de acumulación y desposesión, resaltando los entrelazamientos geosociales que dan forma a nuestro mundo. El artículo discute cómo la infraestructura, tanto material como afectiva, contribuye a estas dinámicas y examina el papel de la geoestética en la comprensión de estos cambios. La pieza enfatiza la importancia de considerar el tiempo y los procesos geológicos en el análisis de los fenómenos políticos y sociales contemporáneos.

PALABRAS CLAVE

Antropoceno, formaciones geosociales, infraestructura, geoestética, geología

Epochal Aesthetics

Affectual Infrastructures of the Anthropocene

Kathryn Yusoff

ABSTRACT

This essay explores the intersection of geology and social structures in the Anthropocene epoch. It argues that new geological formations reveal the previously hidden underpinnings of what were considered purely “social” structures. This reconfiguration challenges traditional understandings of accumulation and dispossession, highlighting the geosocial entanglements that shape our world. The article discusses how infrastructure, both material and affective, contributes to these dynamics and examines the role of geoaesthetics in understanding these shifts. The piece emphasizes the importance of considering geological time and processes in analyzing contemporary political and social phenomena.

KEYWORDS

Anthropocene, geosocial formations, infrastructure, geoaesthetics, geology

INTRODUCCIÓN

El Antropoceno hace visibles nuevas arquitecturas del tiempo y la materia, sedimentando las genealogías existentes del espacio-mundo-global [*global-world-space*] y reorganizando radicalmente una imaginación del alcance y la duración material de lo que el humano es en y a través del tiempo. Las arquitecturas idealizadas de las formaciones sociales, que hasta ahora han sido consideradas como estructuras puramente “sociales”, están comenzando a revelar sus geologías subyacentes. Desentrañando las fantasías de un crecimiento sin acumulación, los efectos globales del cambio climático y el agotamiento de recursos sugieren que no hay acumulación sin desposesión ni en el mundo social ni en el geológico. Esta nueva visión de los fundamentos geológicos de las formaciones sociales sugiere que el “stock permanente” de la materia nunca fue un medio adecuado para teorizar cómo lo geológico y lo social se conectan, o llegan a importar [*come to matter*], ni tampoco explica adecuadamente el alcance completo de esas formaciones geosociales en el tiempo y la materia subterránea. Pareciese que la ruina del futuro es tanto un producto de las infraestructuras subyacentes de los proyectos arquitectónicos como de estas intervenciones mismas. O, dicho de otra manera, lo que antes se imaginaba y veía como algo extrínseco y externo a los proyectos racionales de materialización de la modernidad tardía, ahora parece haber encontrado un sustrato faltante.

El sustrato de la tecnosfera —el resultado de la empresa contemporánea— tiene una importancia central en las narrativas de las geografías materiales del Antropoceno. Los vertederos de desechos, los pozos mineros

y las zonas de extracción son imaginados como los nuevos museos de la humanidad, junto con los registros materiales más afectivos y acumulativos de la contaminación, la toxicidad y los cambios climáticos. Más que sub-productos de proyectos sociales y prácticas industriales, estos modos químicos y atmosféricos de ruina están produciendo sus propios rastros únicos o fósiles arquitectónicos en la Tierra en forma de blanqueamiento de corales, rocas plastificadas y mediciones de dióxido de carbono. La acumulación de nuevos arreglos mineralógicos y compuestos orgánico-inorgánicos en el flujo de la materia geológica proveen las bases probatorias del Antropoceno (Gabrys, Hawkins y Michael, 2013). Esta nueva ciencia intemperante de la fosilización está generando los tecnofósiles del futuro.

Todo, desde la aparición de cadenas como McDonalds, Dairy Queen y Walmart, hasta los cambios en los ciclos del nitrógeno y del carbono, posiciona a las geologías del presente dentro de arquitecturas geosociales entrelazadas [*interlocking geosocial architectures*]. Podríamos imaginar el término “arquitectura” para referirnos a la organización de las estructuras materiales del espacio y su patrón temporal, o bien a cómo la mediación material del espacio ordena una indexación temporal específica. Estas nuevas empíricas de la sedimentación de prácticas sociales, económicas y minerales que se desestratifican y reestratifican rápidamente, están reorganizando las dinámicas globales de la biosfera y la geosfera. Esto sugiere que los antiguos artefactos de la Tierra que constituyeron la imaginación del espacio-mundo-global dependen excesivamente de una base material estable y, por lo tanto, de una ubicación temporal. En este sentido, el Antropoceno, como una nueva representación del tiempo, la subjetividad y la agencia, anuncia tanto una ruptura como una consolidación del arco temporal de la modernidad. La ciudad, como un fósil urbano en constante expansión, está enacting una doblez temporal en su lealtad con el “ahora”. Esto se da en la forma de su continua contribución a una geología homínida que tiene una duración mucho mayor que las visiones contemporáneas de lo desechable, la novedad y el cambio.

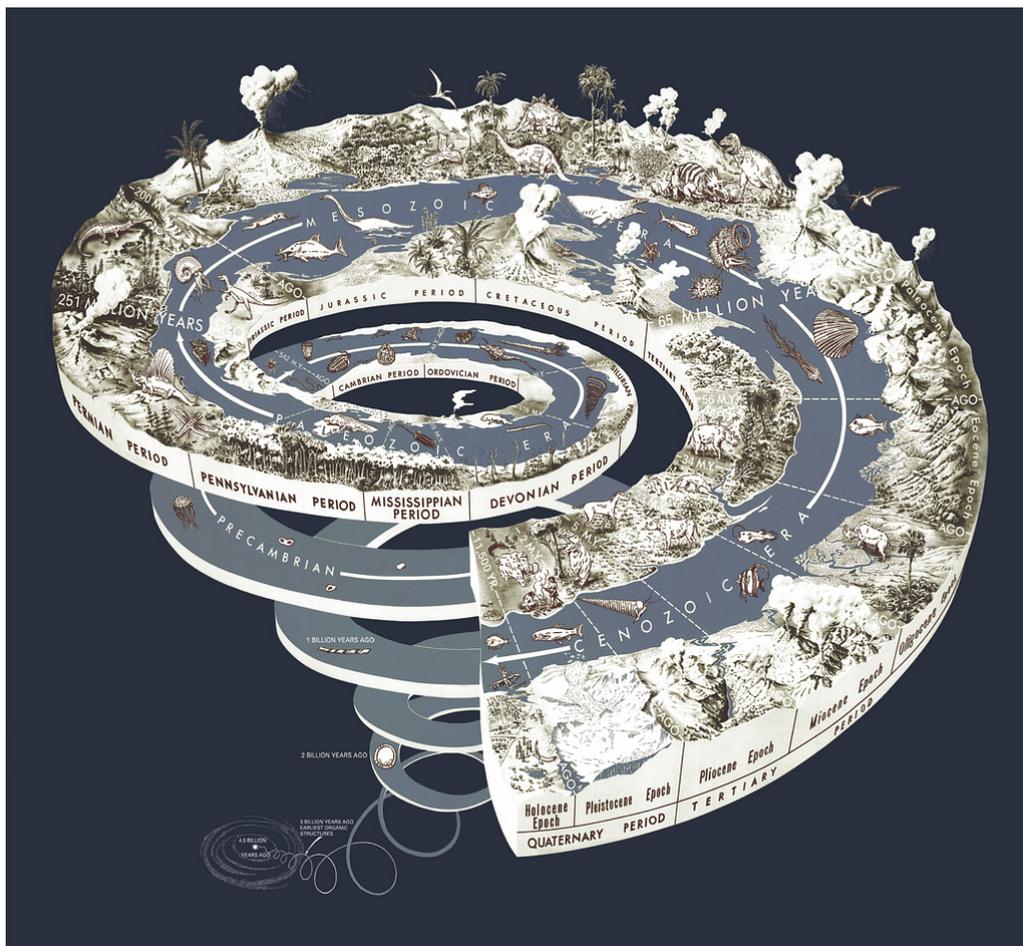


Imagen 1. Extracto de una ilustración de un cartel para el Servicio Geológico de Estados Unidos sobre los períodos de tiempos geológicos de Joseph Graham, William Newman y John Stacy (2008). Fuente: Creative Commons.

La provisionalidad del presente y su organización de una forma de política, pensada como una relación social contingente, se está fracturando a través de la ruptura temporal de la geología. Y es a través de las violentas infraestructuras de la geología que están surgiendo nuevas formas de política, como las de Standing Rock alrededor del oleoducto Dakota Access, que insisten en una visión diferente de la afiliación temporal y la filiación material. Como argumenta Lauren Berlant (2016):

Un análisis infraestructural nos ayuda a ver que lo que comúnmente llamamos “estructura” no es lo que solemos llamar así, [esto es] un principio intratable de continuidad a través del tiempo y el espacio. En realidad, es una convergencia de fuerza y valor en patrones de movimiento que solo son sólidos cuando se ven desde la distancia. Los objetos siempre están más sueltos de lo que parecen. La objetualidad es solo una semblanza, un parecer, un efecto de proyección del interés en una cosa que tratamos de estabilizar (p. 394).

Si las infraestructuras son también estructuras de sentimiento y convergencias de fuerza, entonces, la apreciación de esos afectos necesita alcanzar por debajo de la superficie hacia el sustrato para ver cómo esas fuerzas tanto mantienen como interrumpen los edificios de intención en la superficie.

Los espacios subterráneos de extracción y los agujeros cavernosos de los combustibles fósiles excavados son ahora los espacios curatoriales que esperan una geología anticipatoria y una dirección futura más allá de la agencia humana. Estos espacios de extracción están, sin embargo, atados a las expulsiones socioeconómicas globales de la vida subjetiva neoliberal tardía a través de las labores invisibles de los trabajadores subterráneos y las toxicidades que acompañan estas movilizaciones materiales. Las desestratificaciones materiales de los flujos marinos, minerales y químicos de carbono y nitrógeno están regresando en varias modalidades acumulativas de contaminación, toxicidad y cambio climático de origen antropogénico, que a su vez reconfiguran las posibilidades biopolíticas de la vida.

Estas infraestructuras materiales afectivas están cambiando el sentido de lo planetario al generar nuevos órdenes de tiempo y una geo-lógica de la existencia, hackeando y resincronizando simultáneamente el planeta y sus estructuras temporales para producir una disposición del futuro que parece decididamente irracional y no pensada: infraestructuras de movilidad geológica que superan con creces, pero son una consecuencia directa de, las formas convencionales de comunicación material e infraestructuras transnacionales; geo-lógicas de expulsiones sociales y materiales cuyos efectos

visibles han estado ocultos a plena vista todo el tiempo, entendidos como el desecho y el exceso de los modos normativos de agencia, planificación arquitectónica y acumulación de capital. La tarea de la estética geomórfica es, entonces, pensar estas nuevas duraciones y re combinaciones materiales como una infraestructura afectiva *no* pensada que subyace a las arquitecturas de materialidad y distribución de recursos que inscriben el presente planetario del espacio-mundo-global. Específicamente, la geoestética podría hacer sensible cómo las fuerzas geológicas se mueven a través del tiempo y el espacio para interrumpir la unidad provisional del espacio-mundo-global y renderizar nuevas imaginaciones geográficas de ubicaciones intemperadas en el tiempo político y geológico. Esta nueva forma de geopolítica entendería lo “geo” como una desfiguración temporal del espacio político más que como un modo descriptivo de espacialidad.

Al ubicar la ruptura temporal del pensamiento planetario antropocénico, se requiere de una breve genealogía del espacio-imagen-global que sitúe el cambio climático en sus imaginaciones geográficas. En el contexto de esta nueva época, las estéticas geomórficas son un espacio en el que las ideas e ideales sobre las cualidades afectivas de la nueva sensibilidad se representan no como el retrato del espacio-mundo o globalidad, sino como una sensibilidad que puede definir los parámetros de esas organizaciones del pensamiento o infraestructuras afectivas (y su crítica). Lo geológico, y cómo llega a importar más allá de los géneros representacionales en tanto una sensibilidad del tiempo y una calidad de materialidad es, antes que nada, una arqueología de lo no pensado; un terreno de construcción y acumulación que ha sido invisibilizado y contractualmente silenciado. En esta zona de agitación entre la materia [*matter*], lo que viene a la materia [*matter*] y aquello que aparentemente ha escapado de la memoria material, la estética se convierte en un espacio crucial para involucrarse con la fuerza y tiempo geológico y su propuesta de resistir a las arquitecturas de la agencia (y la razón) que trajeron al Antropoceno a la existencia.

FRACTURAS EN LAS ARQUITECTURAS DEL ESPACIO-MUNDO GLOBAL

Cada imagen, cada arquitectura afectiva que pertenece a una visión global y a un imaginario espacial, proviene de *algún* lugar, localizado en modos específicos de producción geopolíticos y tecnologías de reproducción. Este algún lugar de sentimiento que estructura la perspectiva y da orientación es el espacio de la imagen mundial global [*global world image space*]. Es la persuasión de una fuerza globalizadora que abarca el espacio de la imagen mundial desde una localización determinada y dentro de medios de localización específicos. Las geografías materiales, políticas y técnicas del globo constituyen su visión locativa dentro de un espacio heterogéneo de diferentes “mundanidades” [*worldings*] o meta-ontologías del mundo. Estas meta-ontologías no son solo un ordenamiento político, sino también material, del mundo. Por lo mismo, el espacio-mundo-global es hacedor-de-mundos en la sensibilidad del espacio más que simplemente un acto descriptivo de la espacialidad. Es también la pretensión de una espacialidad global construida a través de geografías desiguales de la experiencia y la explotación para mantener el privilegio de su visión. El Antropoceno es tanto una adición como una radical desviación de estas meta-ontologías del globo.

El desarrollo de infraestructuras geográficas reales que proporcionen una arquitectura convincente del espacio-mundo-global comenzó en serio a principios del siglo XX¹, pero el origen del deseo de globalidad en tiempo real y de comunicaciones telepresenciales ya es evidente en las redes coloniales del Imperio, las redes de telecomunicaciones y transporte impulsadas por el carbón y, antes del carbón, por la esclavitud. Estas arquitecturas del espacio globalizador llegaron a un punto culminante con el Año Geofísico Internacional (IGY, de *International Geophysica Year*) de 1957-58 y el des-

1 Ver, también, Ferreira da Silva (2007).

pliegue de una línea de estaciones meteorológicas en la circunferencia del globo, observando los cambios meteorológicos en los patrones climáticos para dar con la presencia reveladora de misiles balísticos. Es decir, la acumulación sinóptica de datos meteorológicos, que más tarde se convertiría en la línea de base [*baseline*] correlativa del clima, se concibió inicialmente como una pantalla para observar la llegada de cohetes. Junto a estos experimentos geopolíticos en las arquitecturas verticales del control aéreo y atmosférico se lanzó el Sputnik, para proporcionar el primer “otro lugar” geográfico del territorio (después de los océanos y la Antártida). El nuevo satélite también lanzó la imaginación geográfica de un estado planetario extraterritorial de percepción y consolidó la Tierra como esfera artefactual de operaciones. El lanzamiento de satélites artificiales y el aterrizaje en el propio satélite de la Tierra (la luna) inician los comienzos de lo que Jennifer Gabrys llama un “Program Earth”. Como señala Gabrys (2016), el Sputnik “activó una multitud de nuevas experiencias para habitar la tierra” (p. 1), primero como mapa de audio de un nuevo entorno orbital y después como un espacio programable.

Galvanizados por el contexto geopolítico de la perspectiva de una guerra global, durante la Guerra Fría las ciencias de la Tierra y sus tecnologías de detección [*sensing technologies*] se convirtieron en uno de los principales receptores de fondos para nuevas tecnologías espaciales y visuales y, por ende, en los arquitectos de su visión. Además, “los satélites fueron promovidos como una transición fácil de la investigación y desarrollo militar a las aplicaciones ecológicas y sociales. La teledetección se desarrolló como una tecnología y método crucial dentro de la ciencia ambiental y se volvió una manera crucial de estudiar el cambio ambiental a escala global” (Gabrys, 2016, p. 3). Mientras que el globo terráqueo aparece en el contexto de la Guerra Fría como el fetiche de la mercancía supremo del complejo militar-industrial, se vuelve relevante cómo estas imaginaciones geográficas de la espacialidad universal crean una superficie homogeneizadora de proyección en la operacionalización de la materialidad, particularmente, en

el modo en que la Tierra como espacio-mundo global se considera una infraestructura de proposiciones intencionales en lugar de una geografía socavada por procesos geológicos.

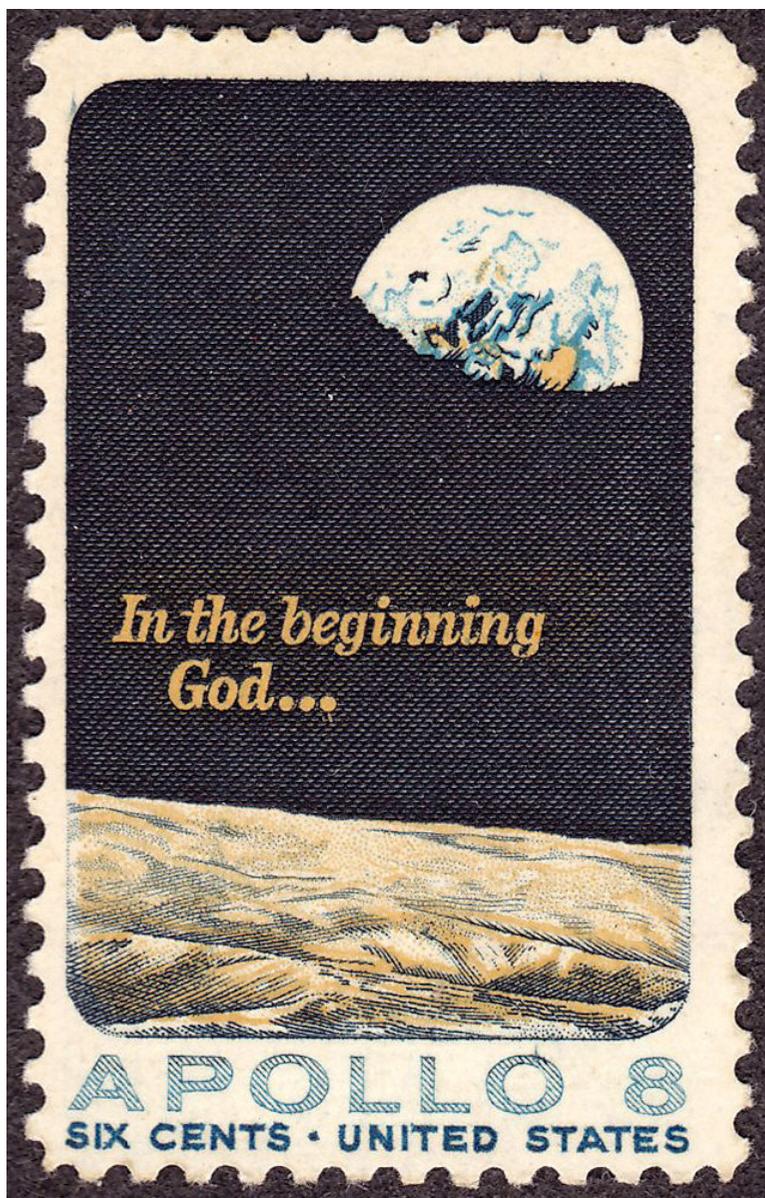


Imagen 2. Estampilla del servicio postal estadounidense que en 1969 conmemoraba la expedición Apollo 8 y la famosa imagen de la Salida de la Tierra. Fuente: Creative Commons.



Imagen 3. Fotografía de Dmitri Kessel de científicos del Observatorio Smithsonian en la portada de la revista *Life* del 21 de octubre de 1957. Los científicos, trabajando en el M.I.T, trataban de calcular la órbita del Sputnik. Fuente: Imagen de archivo de la autora.

Debemos entender las imágenes de la globalidad desde el espacio y la verticalidad de la visión que apuntaba a una inclusión cada vez más espectacular del globo —una mirada desde el ojo de Dios— como un intento de lidiar con la indeterminación de la materialidad. Estas han buscado desterrar una óptica atmosférica y aquietar la dinámica de la Tierra. A un nivel técnico, la campaña estaba en contra del clima, específicamente de las nubes y sus poderes para interrumpir una línea de visión clara. Incluso antes de que la cara oculta de la luna fuera fotografiada en 1959 por la sonda soviética Luna 3, la capacidad de imaginar la Tierra se volvió coincidente con el deseo de operacionalizar el espacio aéreo, para lo cual fue crucial el establecimiento de sistemas precisos de reporte meteorológico. Esto implicó el posicionamiento estratégico de bases en los Polos para detectar y medir cambios en las atmósferas de la Guerra Fría. Más notablemente, Estados Unidos reclamó el Polo Sur y establecieron la “Central Meteorológica” en el eje antártico. Este puesto remoto, que formaba un eslabón terminal en una cadena de sitios de polo a polo a lo largo de tres meridianos, proporcionó un cerco geopolítico de toda la tierra y “enraizó como verdad fundamental” [*ground truthed*] su reivindicación global. Estas mediciones bipolares intentaron lograr las primeras mediciones sinópticas como una imagen co-presente del clima mundial, lo que sentó las bases para que este fuera construido como un espacio globalizado de intercambio de datos. El primer modelo meteorológico global de circulación climática sirvió como el punto de datos de línea de base [*baseline data point*] para el cambio climático antropogénico y la disminución de la capa de ozono.

El cambio climático (tanto los giros climáticos de largo plazo como los inducidos por el hombre) introdujo fracturas en las arquitecturas universalizadoras y rompió el encierro ordenado de la totalidad, tanto en términos de representación como sociopolíticos. Del mismo modo que el espacio-mundo-global está casi mapeado de polo a polo, el cambio climático introduce un shock en la imaginación de los sistemas terrestres como independientes de la acción social, y se convierte además en representativo

—en el doble sentido de representar prácticas y arreglos ontológicos— de los efectos (colaterales) globales no deseados de estas visiones totalizadoras occidentales coloniales del mundo y su incapacidad para lidiar con el exceso material y representativo de los sistemas mundiales cerrados. También demuestra cómo los recursos mundiales han sido movilizados para el crecimiento occidental, mientras que la entropía o el desperdicio se han exportado tanto a la atmósfera como a varias zonas de sacrificio coloniales y neocoloniales que constituyen las dinámicas del espacio-mundo-global. El exceso no es algo externo a estas visiones del espacio-mundo-global, sino una condición constitutiva de sus infraestructuras; una condición que es sistemáticamente no pensada a través de esas estructuras. Se trata de una infraestructura espacio-afectiva en la que ciertos modos de subjetivización se generan para crear afueras constitutivos para los sujetos privilegiados del espacio-mundo-global; sujetos marginales que se diferencian en términos de raza y autonomía territorial. Es en esta escena de fracaso representacional, en la que los modelos de cambio climático han luchado por competir con los cambios ya en marcha en el mundo (o con los varios deshaceres materiales no lineales y erráticos que no pueden ser modelados exitosamente, como sucede con el capitalismo), donde un “giro geológico” hace su intervención material-temporal.

La afirmación de un giro epocal en el fundamento material y ontológico del conocimiento también puede verse como una afirmación de una nueva época de pensamiento. El pensamiento epocal necesita rematerializar, reontologizar, desantropomorfizar y geologizar a la humanidad a través de las especificidades de las fuerzas mineralógicas diferenciadoras. El Antropoceno es tanto una afirmación de vida inhumana como el reconocimiento de las reclamaciones geológicas sobre la vida social. Mientras que la modelización del cambio climático enactó la escala representativa de las relaciones humano-ambientales en atmósferas, hielos y océanos, no representó un cambio *de tipo* en el impulso modernista hacia la totalidad de la imagen-mundo-global, imaginada como una estrategia acumulativa de

arquitecturas de datos más densas y representativas del mundo. Pensar con los estratos o el “geotrauma” del Antropoceno como un giro epocal *desde* las relaciones sociopolíticas *hasta* las relaciones geosociales es una provocación para pensar en cómo la Tierra estratifica el pensamiento, los cuerpos y las disciplinas (de formas que las epistemes del conocimiento Occidental no pueden explicar completamente) (Clark y Yusoff, 2015).

La incapacidad para comprender lo *no* pensado del pensamiento en las infraestructuras del espacio-mundo-global y sus residuos afectivos en relación con la conceptualización de la agencia material que constituye y actualiza la razón podría parecer una doble eliminación en los mundos sociales, dada la adopción de metáforas y materialidades geológicas que pueblan algunos de los pensamientos más energéticos del siglo XX. La filosofía política de Leibniz y Kant que emergió del terremoto de Lisboa de 1755; las mesetas de Deleuze y Guattari; las arqueologías y formaciones sociales de Foucault; el inconsciente de Freud; y, más recientemente, en el ámbito de los materialismos feministas, el geopoder de Elizabeth Grosz, las geontologías de Elizabeth Povinelli y las geopoéticas de Angela Last. Todas ellas involucran la geofilosofía de un suelo dinámico en la formación del tiempo, el espacio y la ontología.

ESTÉTICAS GEOMÓRFICAS

El Antropoceno presenta el tiempo geológico como un medio inhumano [*inhuman milieu*] que es a la vez anterior y posterior a “nosotros”; como una prehistoria geológica del planeta cuyas temporalidades ahora invaden el presente y sus fuerzas sociales y políticas, y como una socialización futura de los estratos en los depósitos geológicos de la humanidad leídos como huellas fósiles. Pero la geología es también una fuerza o poder que se aprovecha, capitaliza, dirige y libera en el mundo, tanto como combustible como materialidad afectiva de deseo y afiliación (sin mencionar la filiación de los combustibles fósiles que llevan la reproducción social a otras partes) (Yusoff,

2015). Dentro de las grandes afirmaciones sobre el dominio planetario y los poderes destructivos geológicos de la humanidad como un bulto concretizado de agencia geomórfica, es necesario abordar las dimensiones materiales de una subjetividad informada geológicamente; o, quizás, una subjetividad deformada geológicamente (si consideramos los diversos poderes desestratificadores enactados sobre la atmósfera, los océanos y los estratos).

Como concepto y afirmación material, el Antropoceno no es aún un objeto real (hasta ahora ha sido descartado por los Señores del Tiempo geológico de la Comisión Internacional de Estratigrafía, quienes no están de acuerdo sobre su origen y estatus como época), pero sí nombra una imagen mental de la *umbralización* [*thresholding*] de las fuerzas geofísicas (desde el Holoceno –las condiciones ambientales estables que han producido nuestro entorno social y teórico actual– hasta el Antropoceno –que ve la gran interrupción de los procesos bioquímicos planetarios del Holoceno–) y parece prometer una reorganización del enredo entre humanos y el mundo a un meta-nivel material y ontológico. Si tomamos al Antropoceno en su afirmación epocal de nombrar un cambio importante en las relaciones geosociales, el umbral implica la destrucción de todo lo que está ligado al Holoceno, incluida la subjetividad neoliberal tardía y sus prácticas, formas de vida vinculadas y vividas a través de combustibles fósiles, el humanismo como un sistema de pensamiento adecuado y el capitalismo como la meseta definitoria de operaciones.

Concebir al Antropoceno como un nuevo relato de los comienzos y finales del Hombre, con un nuevo reparto de escalas de tiempo geológicas, o una nueva historia de origen material y ontológico para la humanidad, es lo que llamo “Antropogénesis” (Yusoff, 2015). Es una historia del sujeto maestro caído con poderes prometeicos liberando su agarre petrificante sobre los estratos de la especie humana a través de la innovación tecnológica y la ecomodernización. Es una génesis que nombra al Hombre como el originador de una nueva fuerza geológica que opera a escala planetaria. Sin embargo, el cambio geológico no comenzó ni terminará con el “Hombre”,

sino que nació con la vasta liberación de energía, primero de la esclavitud y luego de los combustibles fósiles. Importa qué historias de origen contemos.

Estos mapeos de infraestructuras materiales planetarias tienen una economía afectiva que coloca a algunos sujetos dentro y a otros fuera de la agencia. Si reconocemos que este subsidio energético de la esclavitud y los depósitos mineralógicos no solo ha prestado materiales geológicos, sino también *capacidades* de fuerza dentro de la vida humana (y quién o qué cuenta como humano dentro de la biopolítica de la vida), entonces igual podemos cambiar nuestra comprensión de la ubicación del poder agente para enfocarnos en estos materiales humanos y geológicos y las capacidades que incitan como *los* materiales afectivos de las formaciones sociales. Este acoplamiento de poder social y geopoder es una especie de porto-arquitectura o infraestructura afectiva de los mundos sociales. También podría considerarse una reconfiguración ontológica que piensa al sujeto humanista como sustentado y extendido en alcance material y temporal por los materiales geológicos y sus cuerpos laboriosos. Como tal, el Antropoceno representa un nuevo arreglo o imaginación geográfica de la Tierra que incluye la materialidad de la subjetividad contemporánea, sus ecologías y sus nuevos discursos sobre el tiempo y la historia. Esta nueva codificación de la Tierra fue instigada tanto por la imaginación como por la realidad del cambio climático, pero el Antropoceno nos devuelve a la Tierra como *el* territorio o *terruño* [*terroir*] de la diferenciación. La afirmación sobre y por la Tierra como el fundamento de la vida agencial se hace a través de una explosión de efectos materiales, incluyendo, pero en exceso, el clima.

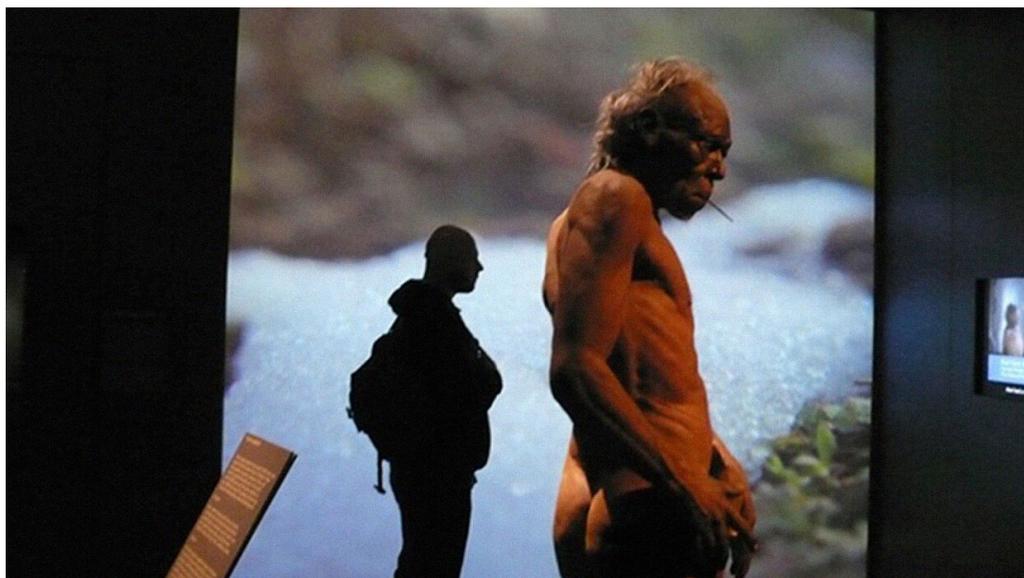


Imagen 4. Vista de la exposición “Britain: One Million Years of the Human Story” (2014) en el Natural History Museum de Londres. Fuente: fotografía de la autora.

ESTÉTICAS DE ÉPOCA

Pero *¿cómo es la vida en esta Nueva Tierra antropocénica?* ¿En qué se diferencia el globalismo antropocénico respecto a otros imaginarios globales históricos que forman una trayectoria desde el colonialismo al neocolonialismo hasta la globalización del capitalismo, todos con sus geografías implícitamente desiguales y racistas? Si el Antropoceno ha de ser un momento verdaderamente epocal, seguramente las cosas deberían *verse* diferentes de la imaginación occidental dominante de las relaciones humano-medioambiente. Ninguna de las viejas historias del Hombre, el Hombre contemplando al Hombre, el Hombre contra la Naturaleza, el Hombre como Naturaleza, el Hombre como Gobernador/ Mayordomo/ Modernizador/ Innovador/ Emprendedor de la Naturaleza, servirá. Lo que necesitamos es la imaginación de cien millones de Antropocenos que mapeen adecuadamente las geometrías de poder diferenciadas de la geología y su movilización desigual a través de diferentes formaciones geosociales.

Es propio de la disciplina de la geología el monumentalizar épocas a través de picos dorados y el desorden de eventos de extinción masiva; ahora bien, en las humanidades ha habido una verdadera avalancha de intentos por monumentalizar preventivamente el evento futuro de la humanidad fosilizada. Estos actos a menudo han sido exclusivos en términos de género y cultura, confinando nuestra visión del futuro y su imaginación a venideros sujetos idealizados o heroicos. El monumento de la “Geología de la Humanidad” representa una renovada búsqueda de fundamentos, articulada en la Naturaleza del “Hombre” y cuestionada a través de una firma geológica inmortal en el estrato, mientras simultáneamente se lamenta el paso de ese grandioso Hombre (si tan solo pudiera ser un hombre mejor). Llegó, se fue, dejó un fósil (o no) en la playa geológica del tiempo para que otro hombre idealizado lo contemple. Es la escena recursiva de Charlton Heston en la playa contemplando las ruinas de la Libertad en *El Planeta de los Simios*.

Estas intervenciones que buscan fijar el Antropoceno en un evento singular y monumentalizador están *creando fósiles* [*fossil-making*] –intentan hacer monumentos fósiles alternativos a la geología–, pero no abordan los procesos y la geopolítica de la fosilización en juego en el *Antropoceno en formación* [*Anthropocene-in-the-making*]. Estas interpolaciones materiales en el substrato geológico producen una nueva escala afectiva en los registros tanto imaginativos como materiales que succionan las nociones de agencia o intención a través de una caída al abismo planetario. El concepto problemático de “vida geológica”, entonces, es un problema de la división de la materialidad más que algún continuo autoevidente de vida biológica (y biopolítica) para una nueva época (Yusoff, 2015). El reconocimiento de la vida geológica anuncia la época de una agencia no heroica enterrada en exposiciones y absorciones mineralógicas, discontinua en su ocurrencia temporal y en desacuerdo consigo misma como ser soberano, abandonada en un episodio de realismo geológico (la realidad mundana de extinciones continuas o lo que Lauren Berlant (2007) llama “muerte lenta”).

Mientras que el Antropoceno supone una ruptura en la comprensión del tiempo y la época geológica (*saliendo del Holoceno y entrando al Antropoceno*), también es un corte material en los cuerpos: cuerpos reales, específicos, vulnerables; cuerpos de aquellos que no llegan a contar como completamente humanos en el orden biopolítico actual; cuerpos de la tierra, cuerpos de organismos no humanos, cuerpos sociales y geológicos que *importan*. Esta importancia precaria [*precarious mattering*] es una geografía desigual que se moviliza a través de una infraestructura de geología afectiva. Para entender la captura de la fuerza geológica hay que entender la geología como el substrato de la vida humana que pertenece a las condiciones de supervivencia; algo que subyace a las posibilidades de vida y su duración, similar a una condición previa y posibilidad de la realidad cultural, política y biológica de la vida. Dar cuenta de una “vida geológica” como la condición previa y posibilidad de la vida (sin importar cómo se organice categóricamente) vincula la geología política de la extracción con los registros afectivos de vivir la vida buena o el neoliberalismo tardío (Povinelli, 2016; Yusoff, 2013). En este acoplamiento, hay una necesidad de pensar la agencia geológica tanto como formativa de estados políticos como un ejercicio de acuerdos biopolíticos.

Este nuevo campo de geopoder no solo reorganiza una comprensión de estas dos operaciones y los fundamentos conceptuales sobre los que se construyen, sino que las supera en tanto contexto originario o precursor de posibilidades políticas (Yusoff *et al.*, 2012). Sin embargo, esta agencia geológica es resbaladiza, en la medida en que elude las estructuras actuales para dar cuentas de la acción agentiva a través de las categorías de la vida subjetiva. Está por encima y más allá de la vida. La vida es el contenedor suelto de los afectos geológicos. La vida geológica es el contexto material *no* pensado de la no vida, cuyas formaciones organizan algunas de las posibilidades estructurales para la vida y sus potenciales, incluso cuando ejerce la imposibilidad de contabilizar esas estructuras materiales a través del tiempo como algo más que una propiedad fugaz del sujeto. La vida subjetiva y los

modos subjetivos se convierten en efectos de composiciones geológicas que, a la vez, desestabilizan y provocan una voluntad biológica de poder (Grosz, 2005). Pensar con la geología como algo que pasa y subyace la cuestión de la subjetividad, sin comenzar ni terminar con el sujeto, libera modos de subjetividad en dominios donde la agencia y la organización de estructuras sociales necesitan ser repensadas a través de formas explícitamente no normativas y reconstituciones de vidas geopolíticas. Las revoluciones políticas deben pasar y situarse dentro de revoluciones de la tierra.

En la tesis del Antropoceno está implícita la llamada a repensar la humanidad como una nueva unidad subjetiva homogénea y como un sujeto (político) geológico. Este llamado que se hace en la disciplina de la Geología sobre el tiempo geológico es principalmente una táctica redireccional para conceptualizar una nueva duración material, que solo inadvertidamente lanza una nueva categorización de la vida humana y sus modelos de una historia geológica. Es la construcción espacial del Antropoceno como un nuevo modo de globalidad lo que libera las implicaciones temporales de la geología como algo anterior a las arquitecturas presentes del espacio y el tiempo. Si los humanos han adquirido fuerza o poderes geológicos, ¿qué tipo de sujetos geológicos nacen en este momento originario? ¿Cuáles son las políticas de identidad de esta escena? ¿Cómo están atravesadas por fuerzas indeterminadas, pero determinantes? ¿Quiénes son los grandes poderes y los sujetos menores que llegan a contar sus historias de origen? Si observamos el tipo de riesgos y precariedades que existen entre las restricciones del territorio y las destratificaciones materiales del cambio climático, queda claro que hay sujetos preferidos que acompañan a esta época en su formación; sujetos que llegan a autorizar las rocas y otros que solo llegan a ser molidos por ellas.

En lugar de mirar al futurismo de los apocalipsis climáticos por venir o habitar en las imágenes catárticas de catástrofes, la búsqueda podría ser para un imaginario geológico que trastorne nociones de la agencia ininterrumpida del sujeto liberal (y sus riendas sobre la vida biológica) dentro de

las acumulaciones cada vez mayores de firmas arquitectónicas del humano a escala planetaria. Tal noción de vida geológica podría dirigirse hacia los registros intercedentes de la agencia mineralógica y *sus* trayectorias y modos de estratificaciones. Examinar el exceso inhumano y no humano en la estética de la formación de identidad en la escena originaria del Antropoceno plantea una pregunta adicional sobre el papel de lo no local —o inhumano— en las subjetividades y sus identificaciones, determinaciones y cualidades. La forma en que se negocian estas cualidades inhumanas de identidad —o lo que estoy llamando “vida geológica”— tiene profundas consecuencias para cómo se entiende la “vida” humana en el contexto de un campo más amplio de las arquitecturas materiales y temporales del Antropoceno *como un evento epocal*. Más importante aún, la representación de estas infraestructuras afectivas de geologías pasadas y presentes debe contabilizar los sujetos *no* pensados que quedan atrapados en su estela. Si el entorno construido del Antropoceno no se trata realmente de los edificios *per se*, sino que reside en el contexto material procesual de todas las ruinas que lo rodean y lo anticipan (humanas, no humanas e inhumanas), esa construcción debe ser pensada como un proceso de arruinamiento o la reversa de la agencia. En términos de Robert Smithson (1996), la arquitectura es una ruina al revés, un ejercicio entrópico. Y, si el Antropoceno se considera una nueva época de pensamiento, hay una necesidad de pensar acerca de lo que un pensamiento de época debería hacer. ¿Dónde debería ir para contabilizar la materialidad y la temporalidad de manera diferente? ¿Cómo debería definirse contra el humanismo del Holoceno y sus proyectos y sujetos preferidos? Las capacidades que el Antropoceno actualmente habilita en su privilegio para hacer mundos globales a través de imágenes de pensamiento e intensidades afectivas es un acto geopolítico.

Fascinado por las habilidades computacionales de la geología para “clasificar” materiales geológicos, minerales, materia, rocas, suelos en estratos, Roger Caillois (1985) imaginó un tipo diferente de “planeta computacional” que aquellos científicos interesados en la gestión de sistemas terres-

tres². Aunque Caillois y los imaginarios planetarios impulsados por datos pueden diferir en sus maneras de imaginar las capacidades de la Tierra, lo que es común a ambos es la supremacía de un tipo particular de Hombre que se entiende como operativo dentro de dicha computación. Pero ¿cómo se activan las formaciones sociales y las relaciones subjetivas, y sus fuerzas agentivas llenas de eventos y sin eventos, a través de las rocas? Al pensar en las formaciones subjetivas de fuerzas inhumanas, podemos empezar a entender cómo los minerales organizan modos subjetivos y yoes geomórficos que no solo se mapean en una casilla vacía, sino que se materializan en cuerpos y formaciones de materia racializadas y de género ya existentes. Si vamos a comenzar de nuevo como sujetos geológicos en una nueva época, la cualidad intempestiva de las estéticas geomórficas podría ser un buen punto de partida para formar una nueva conceptualización de las geologías políticas y las diferenciaciones materiales del Antropoceno; una donde las infraestructuras geológicas puedan mostrarse para deshacer afectivamente la agencia tal como la conocemos.

La estética puede considerarse un modo de experimentación e intervención en los eventos de la Tierra —vida de las rocas, revoluciones terrestres, cambios geomórficos— y un espacio de comunicación material con la interioridad de las fuerzas inhumanas que experimentan con cosmologías de “vida” geológica más allá de la vida. En este sentido, la geoaestética es un espacio de actualización en la formación de la subjetividad, pero también en las actualizaciones de las nuevas arquitecturas afectivas de la geología como una práctica espacial que ocurre dentro y entre la materialidad de los cuerpos, así como de la Tierra. De esta forma, principalmente, las geoaestéticas no tratan de representar o retratar lo que es la vida dentro de un contexto geológico, confirmando sus afiliaciones y formas de autovigilancia, sino de experimentar con lo que la vida *puede* o *podría ser*, tanto en sus modos vir-

2 Véase, también, Warner (2008).

tuales como en sus modos futuros anteriores. El arte permite que la vida se supere a sí misma. Al abrir un espacio para pasar el límite que la vida misma no puede pasar, los actos geoaestéticos pueden resistir los arreglos biopolíticos que buscan limitar y gobernar formas particulares de vida a través de sus imaginarios de un espacio-mundo-global y profundizar en la tierra para localizar los socavamientos de la razón y extraer [*mine*] la geopolítica de la materia para nuevos imaginarios de la vida geológica.

BIBLIOGRAFÍA

- BERLANT, L. (2007). Slow Death. *Critical Inquiry*, 33(4).
- BERLANT, L. (2016). The commons: Infrastructures for troubling times. *Environment and Planning D: Society and Space*, 34(3), 394.
- CAILLOIS, R. (1985). *The Writing of Stones*. University of Virginia Press.
- CLARK, N., Y YUSOFF, K. (2015). Geosocial Formations and the Anthropocene. *Theory, Culture & Society*, 34(2-3).
- FERREIRA DA SILVA, D. (2007). *Toward a Global Idea of Race*. University of Minnesota Press.
- GABRYS, J. (2016). *Program Earth*. University of Minnesota Press.
- GABRYS, J., HAWKINS, G., Y MICHAEL, M. (EDS.). (2013). *Accumulation: The Material Politics of Plastic*. Routledge.
- GROSZ, E. (2005). *Time Travels: Feminism, Nature, Power*. Duke University Press.
- POVINELLI, E. (2016). *Geonotologies: A Requiem to Late Liberalism*. Duke University Press.
- SMITHSON, R. (1996). A Tour of the Monuments of Passaic, New Jersey (1967). En J. Flam (Ed.) *Robert Smithson: The Collected Writings* (pp. 68-74). University of California.
- WARNER, M. (2008). The writing of stones. Roger Caillois's imaginary logic. *Cabinet*, 29. Recuperado de <https://cabinetmagazine.org/issues/29/warner.php>.
- YUSOFF, K. (2013). Geologic Life. *Environment and Planning D: Society and Space*, 31(5), 779-795.

- YUSOFF, K. (2015). Anthropogenesis: Origins and endings in the Anthropocene. *Theory, Culture & Society*, 33(2), 3–28.
- YUSOFF, K. (2015). Queer Coal: genealogies in/of the blood. *philoSOPHIA*, 5(2), 203–229.
- YUSOFF, K., GROSZ, E., CLARK, N., SALDANHA, A., Y NASH, C. (2012). Geopower: A Panel on Elizabeth Grosz’s Chaos, Territory, Art: Deleuze and the Framing of the Earth. *Environment and Planning D: Society and Space*, 30(6), 971–988.

NOTA

Este texto es una versión traducida –y actualizada por la autora– del artículo “Epochal Aesthetics: Affectual Infrastructures of the Anthropocene”, originalmente publicado en el número especial *Accumulation* del portal *e-flux Architecture* (2017). El original está disponible en <https://www.e-flux.com/architecture/accumulation/>

SOBRE LA AUTORA

Kathryn Yusoff es profesora de Geografía Inhumana en la Escuela de Geografía del Queen Mary University of London. Se interesa en el papel de las epistemologías inhumanas en la raza, el género y la subjetividad para una construcción más equitativa del mundo ambiental. Es autora de *A Billion Black Anthropocenes or None* (University of Minnesota Press, 2018) y *Geologic Life: Inhuman Intimacies and the Geophysics of Race* (Duke University Press, 2024), y ha recibido el premio de la Asociación de Geógrafos Americanos en 2022 por Creatividad en Geografía.